

LOS POBLADOS FORTIFICADOS DEL NOROESTE
DE LA PENÍNSULA IBÉRICA:
FORMACIÓN Y DESARROLLO DE LA CULTURA CASTREÑA
Coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia

HOMENAJE AL
Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Valles



EDICIÓN A CARGO DE
MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA y ÁNGEL VILLA VALDÉS

Ayuntamiento de Navia
Parque Histórico del Navia

NAVIA 2002

El primer esbozo de la geografía castreña de Asturias: El prof. J. M. González y su contribución fundamental entre 1948 y 1973

por MIGUEL Á. DE BLAS CORTINA*

ENTRE LOS ARQUEÓLOGOS españoles no asturianos la alusión a José Manuel González provoca raras veces una señal de reconocimiento; poco ayuda al recuerdo lo común de nombre y apellido¹. Sin embargo, de su actividad arqueológica durante treinta años proviene buena parte de la documentación hoy constitutiva del mapa arqueológico de Asturias, dibujado éste desde los estadios más remotos de su poblamiento en el pleistoceno medio-superior, hasta la época romana y aún después. Algunas cifras sumarias expresan la pertinencia del aserto: varias decenas de lugares al aire libre descubiertos en los que se concentran industrias líticas de filiación achelense o musteriense; más de seiscientos túmulos plenamente megalíticos o ya de fases metalúrgicas tempranas y un inventario de castros, con anterioridad ignorados, que superaba los doscientos. Hay también en su contribución un conjunto amplio de yacimientos romanos y

otros medievales. En consecuencia, nadie que se acerque a la mayoría de los frentes de investigación del patrimonio regional más antiguo puede dejar de toparse con su huella. Adelantemos la observación de que a su actividad indagadora se debe la ampliación del interés investigador hacia el paleolítico inferior, el universo de las arquitecturas tumulares y megalitos o los poblados castreños, rompiendo con la inercia que canalizaba la atención, de forma casi exclusiva, hacia las cavernas habitadas durante el paleolítico superior y epipaleolítico.

También un discreto modo de vivir le hizo pasar apenas advertido. Trabajador metódico y constante, fue poco amigo de alharacas; cordial, aunque tímido, limitaba su reducida vida social a la tertulia, un par de días a la semana, en el café Rialto, abierto en la calle de Argüelles frente al costado este del Teatro Campoamor, y a la relación fraternal con unos pocos amigos, entre los que se hallaban algunos de sus acompañantes en las frecuentes excursiones campestres. Cuando daba a las prensas sus trabajos de más valor solía hacerlo en publicaciones de circulación muy reducida o, incluso, ajenas al campo de la arqueología. Así aconteció, por ejemplo, con sus inventarios de yacimientos paleolíticos,

* Dpto. de Historia (Prehistoria) Universidad de Oviedo

¹ En la mayoría de sus estudios utilizó únicamente el primer apellido, solamente en sus publicaciones últimas introdujo el materno Fernández Valles. Su apelativo entre amigos era José Manuel, con el don en decadencia para sus alumnos.

megalitos y castros, que vieran la luz en la revista *Archivum* de la Facultad de Letras de Oviedo², bien conocida entre los estudiosos de la filología, pero no en el gremio de los arqueólogos. Es pues comprensible que gran parte de sus esfuerzos no hallaran eco en los ambientes más adecuados para valorar la trascendencia de su empeño.

Se movió siempre, contradictoriamente con lo que cabría esperar del sesgo de buena parte de su investigación, al margen y aún claramente distanciado del universo de la arqueología. Resultaría tal proceder extravagante, o poco inteligible, si no fuera por que él mismo se consideraba en su formación y en sus investigaciones como filólogo³ con algún aliento de historiador. Ciertamente era filólogo, un estudioso de la lengua imbuido en el sistema de “palabras y cosas” (*Wörter und Sachen*) que en los estudios lexicológicos introdujera la llamada “Escuela de Hamburgo”, primero con Schuchardt y después con Meringer y Meyer-Lübke, y que habría de alcanzar una poderosa influencia en los etnógrafos y lingüistas ibéricos (entre otros, se puede recordar a R. Menéndez Pidal, Zamora Vicente, Nieves de Hoyos, Caro Baroja, X. Lorenzo o F. Bouza Brey). El motor de la difusión de aquella incuestionable y duradera influencia, Fritz Krüger (1889-1974), realizó numerosos trabajos de campo en España y Portugal con un fructífero viaje a Asturias en 1927, lógicamente a las comarcas donde con más arraigo perduraba la vida campesina

tradicional⁴. Fue precisamente la elección de *palabras y cosas* como método iluminador de sus investigaciones toponomásticas lo que hizo que J. M. G. se cruzara, enfrentado a las “cosas”, con la sustancia histórica remanente en los sedimentos y espacios que conocemos como arqueológicos.

Sus encuentros con la arqueología, aun cuando por formación académica y objetivos intelectuales parecía abocado a itinerarios y ámbitos apenas cercanos a aquella, fueron permanentes desde el inicio, por otra parte tardío, de su vida de investigador. Cabría considerar, por aquello de que la infancia es la patria de todos los hombres, hasta que punto no estuvo marcado, teñida su imaginación por lo oído, acaso también por lo visto en la niñez.

Había nacido en 1907 en la localidad de Paladín, parroquia de Valduno (Las Regueras), a orillas del Nalón que festonea el concejo por el sur; un concejo que, aunque limítrofe al de Oviedo, compone la imagen acabada del hábitat disperso de la húmeda región cantábrica. Contaba siete años cuando en el cercano pueblo de Soto, a escasos cuatro kilómetros del breve caserío de Paladín, tenían lugar las excavaciones arqueológicas de la caverna de La Paloma. Es de suponer que un acontecimiento tan raro reclamara la atención de las gentes de Las Regueras. No solamente resultaría insólito el que un grupo de respetables varones, gentes de ciudad, llegaran hasta la comarca para remover una caverna nimbada de leyendas..., lavar después en el contiguo río de Soto

² J. M. GONZÁLEZ. “Catalogación de los castros asturianos”. *Archivum XVI*. Universidad de Oviedo, 1966, págs. 255-291; “El paleolítico inferior y medio en Asturias nuevos hallazgos”. *Archivum XVIII*, 1968, págs. 75-90; “Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias”. *Archivum XXIII*, 1973, págs. 5-42; “Estaciones rupestres de la Edad del Bronce en Asturias”. *Archivum XXV*, 1975, págs. 512-540.

³ Hecho que avalan una treintena de estudios publicados entre libros, artículos y presentaciones en congresos. Fue un laborioso colaborador del *Diccionario bable*, inédito, cuya redacción dirigía en los años cincuenta y sesenta E. Alarcos Llorach, quien recordó en más de una ocasión los kilos de papeletas que al mismo aportara J. M. González.

⁴ I. ROS FONTANA. «Fritz Krüger...» *Fotografías de un trabajo de campo en Asturias (1927)*. Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular. Ayuntamiento de Gijón. Museo del Pueblu d’Asturies 1999, págs. 23-29. Buena parte del método de Krüger se condensa en su artículo “Cosas y palabras del Noroeste ibérico”, en *Nueva revista de Filología Hispánica*. Año IX, n.º 4. México 1950, págs. 231-253. También fue influyente en los planteamientos de J. M. G. alguno de los estudios de JOSEPH M. PIEL, entre ellos el muy explícito “Nomes de lugar referentes ao relevo e ao aspecto geral do solo”. *Revista Portuguesa de filología*. Vol I. T. I. Coimbra 1947, págs. 153-198.



Fig. 1. J. M. González en el camino de La Mesa el 31 de agosto de 1969. Le acompaña, a la izquierda (tienda de campaña al hombro), su sobrino Diógenes. (Fotografía de Diógenes García)

las piedras y huesos sacados del relleno cavernario, si no también el que aquella extraña actividad se prolongara durante semanas, repitiéndose incluso la operación en el siguiente año de 1915. Igualmente hubo de ser motivo de interés, en la uniformidad de los usos aldeanos, el campamento que daba cobijo a los arqueólogos, asentado con sus vistosas tiendas en la vega donde se abre La Paloma y, sin duda, el trájín de los carros tirados por vacas y bueyes, en los que partían huesos y piedras, dentro de cajas envueltas y etiquetadas, hacia un Madrid distante. Finalizaba el viaje carretero no muy lejos, en la margen izquierda del Nalón, pasando la impedimenta a lanchas de remos, camino de la cercana estación de ferrocarril sita en la ribera opuesta. En fin, todo un espectáculo que además contaba con protagonistas ilustres.

Probablemente los vecinos mejor informados de Las Regueras desconocieran la importancia de las personas que componían el equipo científico; poco les dirían los nombres de Eduardo Hernández Pacheco o de Juan Cabré, desde luego nada el de Paul Wernert, un prehistoriador alemán refu-

giado en España al estallar la Gran Guerra y sí, tal vez, tuvieran una cierta idea de la notabilidad del conde de la Vega del Sella. Quien no podría pasar inadvertido era Santiago Ramón y Cajal, el célebre Premio Nobel de medicina de 1906, que también se había acercado a La Paloma para seguir de cerca el avance de las investigaciones⁵.

La actividad en la zona de la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas* dependiente de la *Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas* era por entonces intensa. Durante cuatro años, entre 1914 y 1917, había sido

⁵ E. HERNÁNDEZ PACHECO. *La vida de nuestros antecesores paleolíticos según los resultados de las excavaciones de la caverna de la Paloma (Asturias)*. C. I. P. P. Memoria n.º 31. Madrid 1923. Ramón y Cajal era, con su merecido prestigio científico, el presidente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones. Por su parte no fue Hernández Pacheco persona corriente: de «*rigurosa complexión física... de espesa y cerrada barba, alentaba un aire campero que afirmaban en su atuendo el sombrero de ala ancha y las botas de montar que usaba en las excursiones y que facilitaban la evocación de su estampa a caballo...*» «Don Eduardo Hernández Pacheco (1872-1965)» *Estudios Geográficos*, XXVI, 98, 1965, pág. 542.

desvelado meticulosamente el contenido gráfico de la caverna paleolítica de La Peña, en San Román de Candamo. Pinturas y grabados prehistóricos, más la belleza de sus formas naturales, hicieron de la gruta un temprano reclamo turístico, favorecido durante decenios por la proximidad de la estación del Ferrocarril Vasco-asturiano. Precisamente en los trabajos de la cueva estaban empeñados de nuevo el conde la Vega del Sella y Hernández Pacheco. Este último, en un inteligente intento por proteger el arte rupestre, negoció con los vecinos de San Román la creación de una *Junta de protección de la caverna*, entidad que operó positivamente durante años⁶.

Parece, en suma, escasamente improbable que esta serie de infrecuentes acontecimientos escapara a la atención de un niño despierto y lleno de curiosidad. ¿Estarían estos hechos en el origen de la inquietud intelectual de José Manuel González?

Lo que sabemos es que sus primeros pasos lo encaminan a una senda muy distinta. Cursará el bachillerato en un singular espacio del pasado, el Colegio diocesano de Valdediós, en Villaviciosa, instalado al amparo de una abadía cisterciense nacida en el siglo XIII, y de una célebre iglesia, la de San Salvador, edificada por Alfonso III el Magno y consagrada en el año 893. Estudia en este lugar hacia 1926 por lo que no resulta improbable que hubiera conocido el hallazgo, a pocos kilómetros de Valdediós, de la villa romana de Puelles y las excavaciones de los baños de las mismas, hechos ocurridos en 1928 y que tuvieron como protagonista a José Fernández Menéndez, sacerdote y profesor del colegio. Por aquellos años el cura arqueólogo se ocupaba también de la investigación de diversos túmulos dispersos por la Sierra Plana de la Borbolla, en Llanes, incorporando el extremo oriental de Asturias al mapa de megalitismo septentrional ibérico⁷. Que oportunidad, en el

caso de que se produjera la relación directa, personal, para que José Manuel adquiriera unas primeras nociones sobre la singularidad de los monumentos tumulares y su origen histórico.

Hubo de pasar todavía algún tiempo para que esa plausible coincidencia tuviera consecuencia en una vida que transcurre, entre fines de aquella década e inicios de la de los treinta, con la normalidad de la discreción. A los violentos acontecimientos políticos de 1934 se debe la primera, traumática psicológicamente e involuntaria, alusión a su persona en un libro en que se le señala como superviviente de la voladura intencionada del Instituto masculino de Oviedo⁸. Sabemos, además, de su participación en el amargo trance de reconocer los cadáveres, exhumados de fosas comunes, de sus compañeros del seminario ovetense, muertos durante los días trágicos de la revolución de octubre.

¿Seminarista todavía, a los veintisiete años, en

7 J. FERNÁNDEZ MENÉNDEZ. «Excavaciones arqueológicas en Puelles (Valdediós). La villa Hispano-romana de Boides». *Covadonga*, n.º 154, 1928, págs. 530 y 540. En cuanto a sus exploraciones megalíticas en la Sierra de la Borbolla, en la misma montuosidad en la que se emplaza el conjunto rupestre de Peña Tú, aparecen condensadas en su artículo, «La necrópolis dolménica de la Sierra Plana de Vidiago». *Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria. Actas y memorias*. Madrid 1931, págs. 163-190.

8 E. DELGADO FERNÁNDEZ, «El Seminario de Oviedo y la revolución». *Asturias roja. Sacerdotes y religiosos perseguidos y martirizados. Octubre de 1934*. La Asociación Católica Nacional de Propagandistas de Oviedo: «Al día siguiente, domingo 7, a eso de las nueve de la mañana, un nutrido grupo de revolucionarios, tiraron con un cartucho el portón que daba acceso a la Travesía del Monte de Santo Domingo, y llevando consigo a otro seminarista, José Manuel González, que tenían prisionero, se presentaron en el Seminario. Obligaron a los seminaristas a acompañarles en el registro del edificio en busca de armas y terminado el registro que hicieron con toda clase de pueriles precauciones, se llevaron prisioneros a los seminaristas...» «A José Manuel González y a... los condujeron al Ayuntamiento y después al Instituto, donde sufrieron la misma suerte que otros muchos sacerdotes y religiosos que allí se hallaban prisioneros, librando al fin milagrosamente (J. M. G.)... cuando la explosión del Instituto» (pág. 66).

⁶ E. HERNÁNDEZ PACHECO. *La caverna de la Peña de Candamo*. C. I. P. P. Memoria n.º 24. Madrid 1919.

1934? Sea como fuere, su inclinación hacia el sacerdocio había sucumbido ya a fines de aquella década. Encaminada su vida hacia la docencia fue maestro nacional en los primeros años de la posguerra, compartiendo su trabajo en el Colegio Hispania de Oviedo con profesores depurados por el nuevo régimen de sus puestos docentes en la enseñanza estatal. No es desdeñable la posibilidad de que en su manifiesto rechazo a la confrontación ideológica y política tuviera algo que ver ese itinerario personal que le llevó al contacto con mentalidades y experiencias tan diferentes.

Combinando trabajo y estudio cumple, como alumno libre, los cursos de Filosofía y Letras, en la especialidad de Filología, obteniendo la licenciatura por la universidad de Salamanca en 1944. Poco después era director del Colegio de Grao y, ya en 1952, encargado de la cátedra de Fundamentos de Filosofía e Historia de los sistemas filosóficos en la Universidad de Oviedo, aunque basada la subsistencia material en su cargo de oficial mayor del *Instituto de Estudios Asturianos*, de creación reciente, puesto del que, no sin intrigas, sería posteriormente desplazado. Pocos años después desempeñó como docente el encargo de la cátedra de Historia del español. Fueron para él, y para la mayoría de sus contemporáneos, tiempos muy duros. Horas inacabables en colegios privados e interinidades en la universidad aportaban un salario justo y un tiempo escaso para las aficiones o el simple ocio. Pero restaban aún los domingos y los días de fiesta, y también las breves vacaciones de verano, para abrir un hueco, algo de aire fresco, entre tanta rutina y obligaciones. Entre Grao y Oviedo, los vein-

Su posterior participación en el reconocimiento de los cadáveres de sus compañeros me fue señalada, sin detalles, por el propio José Manuel, siempre renuente a recordar lo vivido durante la revolución de octubre y, más tarde, durante la guerra civil. De este último período nos consta por su sobrino Diógenes, aunque vagamente, de la presencia de José Manuel en los combates, desde dentro, durante el sitio de Oviedo entre Julio de 1936 y octubre de 1937.

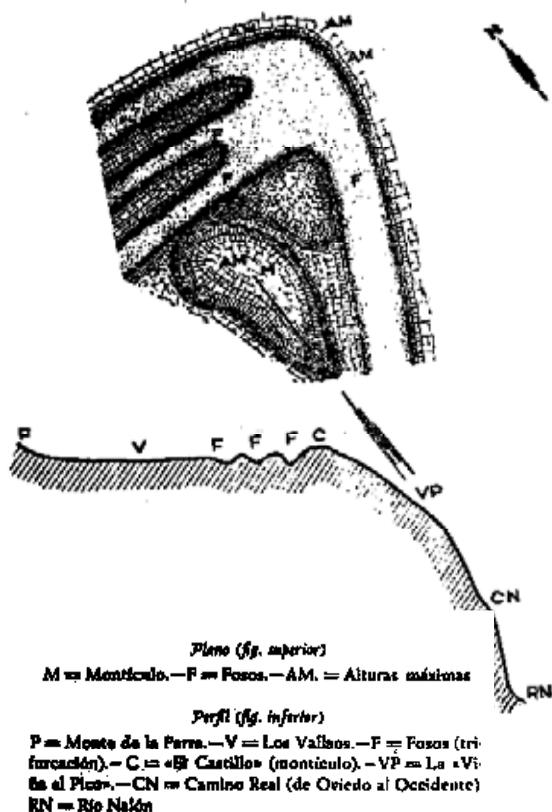


Fig. 2. Esquema planimétrico del «Castiello» de Los Vallaos, primer castro descubierto por José Manuel González, en 1948 (Procedente de «Tres vetustos castiellos...», 1952).

tiocho kilómetros de un espacio rural que le era conocido desde la infancia encerraban muchos rincones para indagar. En sus primeros tanteos como filólogo se inclinaba hacia la investigación toponímica, proyectada ésta no hacia nombres sonoros y extraídos aleatoriamente de geografías dispares, según era habitual. Decidió optar, y en eso se revela como innovador, por la recogida sistemática de todos los nombres de lugar dentro de un territorio bien delimitado y no muy extenso, tratando de conocer los topónimos menores “mediante el examen directo de los accidentes naturales, lugares y términos a que dan nombre y viceversa, proyectando sobre la realidad los conocimientos lingüísticos”.

Esta forma de proceder, hoy común, cuajó en

su *Toponimia de una parroquia asturiana* cuya primera parte, en forma de libro, vería la luz en 1959⁹. El valor del estudio no resultó inadvertido a otros investigadores, por lo que le fue ofrecida la oportunidad de explicar su experiencia en distintas universidades de países románicos. La aceptación de algunas invitaciones especialmente atractivas, como la de una estancia larga en la Universidad de Bucarest, resultó frustrada por la ineludible atención a sus obligaciones familiares.

La biografía esbozada nos traza en suma, aunque tenue, la silueta de un lingüista, de un lexicógrafo; la del arqueólogo, hasta ahora oculta en este relato, iba tomando cuerpo enhebrada con la otra.

En agosto de 1947 recorre el territorio de Valduno tras su catálogo toponímico. Observador atento, reparó en un bloque escuadrado, de caliza, arrimado al muro de una huerta colindante con la iglesia parroquial. La piedra, de más de 1,20 metros de alto, requirió brazos y sudores para ser volteada y mostrar su mensaje remoto: el recuerdo fúnebre de un tal Sestius Munigálicus, probablemente enterrado en aquel paraje a orillas del Nalón en el siglo I de la Era, y erigido por su amigo, un liberto llamado Quadratus. La gran estela romana fue donada por su descubridor al Museo Arqueológico de Oviedo. En la primera fase de su traslado se siguió un método que ilustra las escaseces mecánicas de los años de la autarquía: *“fue necesario el esfuerzo de cinco hombres para meterla en el carro... y hacer dos zanjas para las ruedas, con objeto de bajar la caja del carro a ras de suelo...”*. Hallazgo y traslado se completaron con un detenido estudio del monumento epigráfico en el que ya están presentes la capacidad indagativa, el olfato de investigador, el rigor en el trabajo¹⁰. El filólogo en formación es ya un hombre de 40 años, y

la estela de Valduno, su primer estudio publicado, fue a la vez el encuentro serio con la arqueología en la senda de la lingüística.

El segundo encuentro no se hizo esperar: el 7 de septiembre siguiente, en una excursión por los montes de Las Regueras. Reconociendo un llano con el nombre evocador de Piedrafita, sobre el valle de Soto donde se abre la aludida cueva de La Paloma, se halló con un llamativo montículo que supo interpretar como un túmulo prehistórico¹¹. Era el primero de los varios centenares que habría de encontrar durante los tres decenios siguientes. Menos de un año más tarde, en agosto de 1948, visitaba, en otra de sus salidas en pos de palabras y cosas, un monte conocido como el Castiello de los Vallaos, de nuevo en la parroquia de Valduno. Las dos voces enlazadas, *castiellos* y *vallao*, como pronto pudo comprobar, no desentonarían con las “cosas”. El monte en causa, colgado sobre el cauce del Nalón, mostraba la tajadura de un gran foso de 10 a 12 metros de ancho, foso que después se abría en un complejo defensivo de otras tres grandes trincheras. En el tránsito de uno a otro sector alcanzaba la zanja magnitudes extraordinarias: unos 34 metros de ancho y más de 10 de profundidad. Allí estaban, disimulados por la cobertera vegetal, los “vallaos”: las grandes hendiduras en el suelo, advertidas siglos atrás por los lugareños hasta originar el topónimo de aquel espacio elevado.

En agosto del año siguiente, de nuevo en tiempo vacacional, y en otro *castiello* emplazado estratégicamente a sólo cinco kilómetros del de Los Vallaos, se topa con los fosos como único atributo morfológico discernible. Un tercer castiello, en Cabruñana, no muy distante de los anteriores, reitera la realidad de las grandes zanjas de delimitación y la endeblez de cualquier otro testimonio con valor diagnóstico. Con los tres enclaves y sus

⁹ *Toponimia de una parroquia asturiana (Santa Eulalia de Valduno)*. Instituto de Estudios Asturiano. Oviedo 1959.

¹⁰ «La estela de Valduno». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º VII. Oviedo 1949, págs. 3-43.

¹¹ «Un túmulo prehistórico en Piedrafita de Soto (Las Regueras)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º XX, 1953, págs. 543-555.



Fig. 3. José Manuel González con un grupo de estudiantes de la Universidad de Oviedo ante los vestigios de un túmulo megalítico en la Laguna (Allande), en la primavera de 1969. (Fotografía de M. A. de Blas).

respectivos planos redactó un primer artículo en el que las dudas sobre la naturaleza histórica de aquellas fortificaciones se traducen en la ambigüedad del título: «*Tres vetustos castiellos...*» Sin embargo, en el texto se orilla progresivamente la primera e hipotética filiación en lo medieval para decantarse hacia la época, más remota, anterior a la romanización, finalizando de forma ya decidida: «*acaso fueron construídos por las gentes que los romanos encontraron aquí a su llegada y pertenezcan, por tanto, a una cultura de características peculiares, pero contemporánea de la de los castros del NO*¹²».

Tanto los titubeos al principio como la confianza última, pueden parecer hoy sumamente ingenuos, pero confluyen en su explicación tanto

¹² «Tres vetustos castiellos de las cercanías de Grado» *Archivum II*. Universidad de Oviedo 1952, págs. 352-368.

la personalidad de José Manuel como el ambiente en que se desarrollaban sus exploraciones. No era arqueólogo, circunstancia que manifiesta expresamente en este estudio primerizo. Poco a poco, y por pura necesidad, iría haciéndosele familiar una bibliografía hasta entonces ajena a sus afanes, la relativa a los trabajos que R. Serpa Pinto, F. de Maciñeira o F. López Cuevillas habían realizado en algunos castros de la Edad del Hierro del norte de Portugal y de Galicia¹³.

Fue, por tanto, el que le llevó a los castros un

¹³ F. DE MACIÑEIRA y PARDO DE LAMA. «Los castros prehistóricos del norte de Galicia». *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*. Vol. I. Madrid 1934, págs. 135-143; F. LÓPEZ CUEVILLA y R. DE SERPA PINTO. «Estudos encol da idade do ferro no Noroeste da Península. As tribus e a súa constitución política». *Arquivos do Seminario de Estudos Gallegos*. VI. Santiago de Compostela 1933-1934.

camino personal, una deriva con escasas posibilidades de contraste y asesoramiento en su propio medio profesional e intelectual. Estamos en 1951; en la universidad ovetense sólo las consultas con Juan Uría Ríu podían servir de estímulo y confirmación; pero tampoco Uría era arqueólogo, pese a su importante papel en las excavaciones del castro de Coaña que codirigiera con A. García Bellido entre 1939 y 1942¹⁴. Y, en todo caso, que lejos estaba física y formalmente aquel castro famoso a orillas del Navia, en tierras galaico lucenses, de la mayoría de los herméticos “castiellos” ástures.

La precaria tradición arqueológica en Asturias permanecía básicamente anclada en la prehistoria paleolítica. Es cierto que en la región se habían realizado investigaciones meritorias y pioneras. En buena medida la arqueología renovadora a partir de la segunda década del siglo, científica en sus métodos y postulados, apoyada en el sistema estratigráfico, en la valoración de los restos faunísticos, en la lectura de la génesis de los sedimentos como indicadores climáticos, en la elaboración de criterios analíticos rigurosos para el estudio de las industrias líticas y óseas, tenía mucho que ver con los trabajos del conde de la Vega del Sella en las grutas de su solar Ilanisco y en alguna de Cantabria¹⁵. En los yacimientos cavernarios asturianos habían trabajado con frecuencia algunas de las au-

toridades europeas en la investigación de la humanidad pleistocena, encabezadas por H. Breuil y H. Obermaier, también, como ya vimos, por E. Hernández Pacheco y otros miembros de la aludida *Comisión de Investigaciones...* Lamentablemente, esta actividad resultó quebrada por la guerra civil. Desaparece entonces la *Junta para la Ampliación de Estudios* y, con ella, la *Comisión*. Con el desastre se cierra también el ciclo vital de parte de sus protagonistas; Vega del Sella muere en 1941, Obermaier en 1946, Hernández Pacheco apenas volvería a su vieja relación con los yacimientos prehistóricos.

No hubo continuidad en la investigación paleolítica; no cabría en la castreña, carente hasta entonces de una mínima intensidad. Cuando José Manuel González se tropieza con sus primeros *castiellos* era nulo el conocimiento sobre los mismos, y aún deformador de la realidad más probable. El universo castreño parecía asociado, con bastante inconcreción, al ámbito litoral, básicamente a las comarcas occidentales de acentuado tono galaico, allí donde reinaba el prestigio de *El Castellón* de Coaña, o la rareza del *Castro* de Pendia con sus enigmáticas y sobrevaloradas cámaras de bóveda. Fuera de ese extremo a poniente de la Asturias más activa, en la región central ilustrada por las masas calcáreas, lo castreño era ignorado y, de modo inconsciente, casi entendido como inexistente. El único castro investigado en el centro-oriente asturiano participaba de algún modo del contexto paisajístico de los occidentales. El *Picu del Castro* de Caravia, al oeste de Ribadesella, dado a conocer en 1919 tras su excavación por Aurelio de Llano, un meritorio aficionado, justificaba su presencia al localizarse en un espacio de suave orografía y con la mar cercana¹⁶. Con el acento meseteño, celtíbero, de su registro material, venía a erigirse en su sole-

¹⁴ A. GARCÍA Y BELLIDO y J. URÍA RÍU. «Avance a las excavaciones del Castellón de Coaña». Oviedo 1940, 29 págs.; J. URÍA Y RÍU. «Excavaciones en el Castellón de Coaña. Nuevos datos y consideraciones». Separata de la *Revista de la Universidad de Oviedo*, 1942, 3-31.

¹⁵ Son modélicos, entre otros estudios del CONDE DE LA VEGA DEL SELLA: *Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*. C. I. P. P. Memoria n.º 13. Madrid 1916; *El paleolítico de Cueva Morín (Santander) y notas para la climatología cuaternaria*. C. I. P. P. Memoria n.º 29. Madrid 1921; *Las cuevas de La Riera y Balmori*. C. I. P. P., Memoria n.º 38. Madrid 1930. Participó igualmente en la elaboración de una primera tipología en español, la *Nomenclatura de voces técnicas y de instrumentos típicos del paleolítico*. C. I. P. P. Memoria n.º 10. Madrid 1916.

¹⁶ A. DEL LLANO ROZA DE AMPUDIA. *El libro de Caravia*. Oviedo 1919 (y también ed. en *facsimil* por el I. D. E. A., Oviedo 1982).

dad como un *finis castrorum* más allá del cual, a lo largo del litoral cantábrico, se desvanecían los poblados fortificados. En lo que fuera provincia de Santander la inercia de la atención a lo paleolítico era todavía más poderosa que en Asturias, sin trabajo alguno de entidad que se planteara la presencia de castros en su ámbito¹⁷; tal estado vino persistiendo hasta años muy recientes. No mejoraban las circunstancias en las tierras marítimas vascas donde el vacío investigador no puede ser encubierto por los sondeos de J. M. de Barandiarán, en 1957 y 1959, en el recinto amurallado de Intxur, en Guipuzcoa¹⁸. Consideraciones de rango similar podrían aplicarse también al sector de la submeseta norte limítrofe con Asturias.

Es de entender, en suma, la inseguridad en que podía hallarse nuestro filólogo a finales de los años cuarenta, inseguridad alimentada por el tópico occidentalista de la geografía de los castros, en términos regionales, y por el deslumbramiento de la cultura castreña del noroeste, en particular por las huellas cuantiosas en Galicia de la mitificada “civilización céltica”, según los términos empleados por López Cuevillas para titular su obra de mayor aliento¹⁹.

En su labor toponomástica entró José Manuel igualmente en contacto, más allá de las voces de origen romance, con el sustrato lingüístico prelatino, en particular con ciertos hidrónimos llamativos como *Abia*, *Deva*, o *Naura* con los que fue conocido en otras épocas el río Nalón, eje fluvial de



La estampa habitual de J. M. González (1907-1977) en sus salidas de campo: chubasquero verde oscuro, cayado con regatón en punta y la inseparable cámara Zeiss.

la comarca por él intensamente explorada. Se le abría así, en definitiva, un nuevo camino hacia el horizonte prerromano²⁰.

La toponimia al principio, los documentos medievales y antiguos después y, en buena lógica, las sumarias referencias en obras históricas de

¹⁷ M. A. DE BLAS CORTINA y J. FERNÁNDEZ MANZANO. «Asturias y Cantabria en el primer milenio a. C.». *Paleoetnología de la Península Ibérica* (M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz-Zapatero, eds.). *Complutum*, 2-3, 1992, págs. 399-416.

¹⁸ J. M. DE BARANDIARAN. «El castro de Intxur. I Campaña de excavaciones». *Munibe*, 8. San Sebastián 1957, págs. 139-143; C. OLAETXEA; X. PEÑALVER y L. VALDÉS. «El Bronce Final y la Edad del Hierro en Gipuzkoa y Bizkaia». *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42. San Sebastián 1990, págs. 161-165.

¹⁹ F. LÓPEZ CUEVILLAS. *La civilización céltica en Galicia*. Santiago 1953.

²⁰ J. M. GONZÁLEZ. «“Abia” nombre de corrientes fluviales en la Península Ibérica». *Revista de Letras*. Universidad de Oviedo 1950, págs. 4-23; *Idem*, «Nombre del río Nalón». *Archivum. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras (nueva Serie)*. Universidad de Oviedo. Enero-diciembre 1951. Tomo I, n.ºs 1, 2 y 3, págs. 45-61.

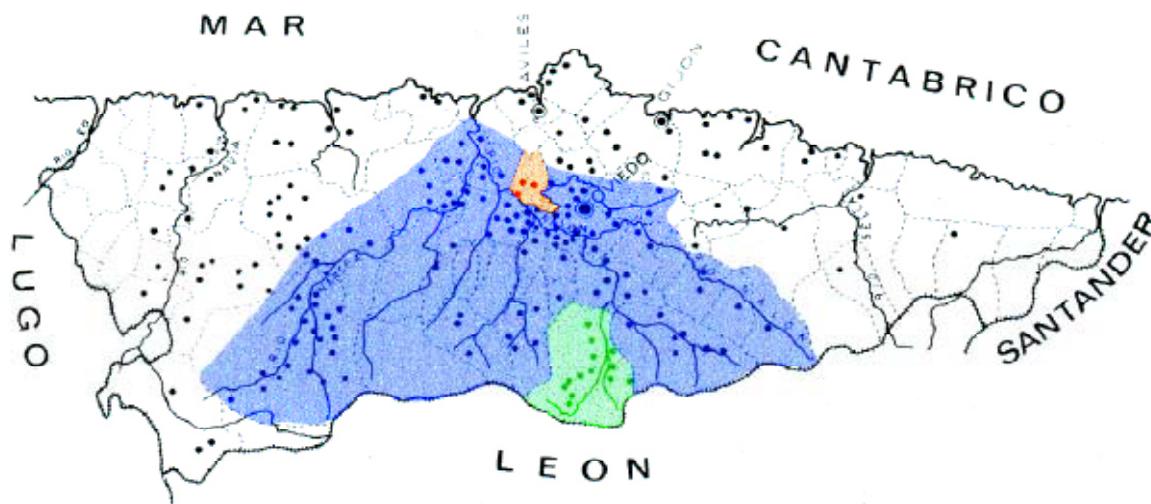


Fig. 4. Distribución espacial de los castros de Asturias según J. M. González en 1973. Sobre el mismo se diferencian tres ámbitos: el de las primeras exploraciones (en naranja), el repertorio castreño integrado en el sistema fluvial Nalón-Narcea (azul) y los castros del concejo de Lena (verde).

desigual valor, compusieron la fuente previa para las salidas al campo posteriores, y en la progresiva concepción de un ambicioso plan: el inventario de los castros ignotos y dispersos en un territorio de más de 10.000 kilómetros cuadrados, regido en su mayoría por una topografía que anima al desaliento. Entre las fuentes usadas serían permanentes los 16 volúmenes del monumental *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, que dirigido por Pascual Madoz viera la luz en 16 volúmenes entre 1846 y 1850. En sus innumerables entradas habitan miles de nombres de lugar entre los que a veces se deslizan referencias breves a vestigios del pasado remoto²¹.

Progresivamente, lo que había comenzado co-

²¹ M. A. DE BLAS CORTINA. «La Arqueología en Asturias a través del “Diccionario” de P. Madoz». *Ástura. Nuevos cartafueyos d’Asturies*, 4, 1985. págs. 77-79. Son al respecto especialmente expresivas las voces en las que hace referencia, por ejemplo, a los vestigios antiguos, hoy confirmados como claros castros, del Castiello de Moriyón, en Villaviciosa, o del Castro de San Isidro, en el barrio de Bousoño, en Los Oscos.

mo una indagación marginal y dependiente de la pesquisa lingüística se fue tornando actividad decantada y tenazmente perseguida. Entre 1948 y 1958 el ritmo de los descubrimientos o confirmaciones fue moderado, que no corto, con 32 castros computados. A partir de 1960 el repertorio crecería a ritmo acelerado: 14 ese año y, en un rápido *crecendo*, 28 en 1961, otros 25 en 1962, 18 en 1963, 20 tanto en 1964 como en 1966. Los seis años que abarcan de 1961 a 1966 arrojan un balance de 135 castros identificados, en su mayor parte totalmente desconocidos hasta entonces²². El inventario se cierra en 1973, después de 22 años de exploracio-

²² Sobre el ritmo de catalogación se puede apreciar el rendimiento de episodios temporales breves: entre el 2 y 10 de agosto de 1963 fueron 9 los castros visitados; siete castros fueron reconocidos en octubre de 1966; en tierras de Tineo del 3 al 5 de julio de 1964 localizó 6 castros; del 6 al 9 de julio del mismo año habían sido 6 los castros identificados en Luarca... La mayor frecuencia de los hallazgos coincide, expresivamente, con las épocas en que J. M. González disfrutaba de sus vacaciones de funcionario de la Diputación de Asturias (como director del negociado del Colegio de Niñas, el Hospicio femenino, de la aludida Diputación provincial, cargo que compatibilizaba con sus clases como interino en la



Fig. 5. Parte de las fichas de campo de José Manuel González relativas al castro de El Curuchu (Reconcos, Telleu, concejo de Lena), durante su reconocimiento como tal el 29 de septiembre de 1956.

nes con la sola interrupción, al menos en lo que a resultados se refiere, de 1951. A la cifra de 251 castros contenidos en los inventarios publicados en su versión abreviada²³ se suman todavía otros 14, aludidos posteriormente en una obra póstuma,

Universidad, en los años en los que disfrutó de esa actividad, y del que dependía su seguridad material).

con lo que el balance definitivo arroja 265 localizaciones²⁴, de las que no más de una treintena, acaso bastantes menos, habían sido previamente señaladas. Es innecesario el esfuerzo imaginativo para reconocer lo ingente de la tarea y el enorme esfuerzo puesto a contribución por su autor.

Sin embargo, la mera cuantificación y la idea general de un gran empeño no dejan de aportar una vista tenue, esquemática, de lo admirable del registro castreño. No estamos refiriéndonos, por citar un ejemplo, a la búsqueda de túmulos en la amable penillanura de Salisbury; la región asturiana se arraiga en la corteza de una enorme convulsión geológica, ofreciendo uno de los territorios más plegados del continente. Las indicaciones altimétricas solo resultan mensurables si se parte del hecho de que la región es también marítima y el que, en consecuencia, a valles abiertos solamente a 100 ó 200 metros sobre el nivel oceánico les cobijen cumbres de varios centenares de metros de elevación, desarrollado además el ascenso en laderas de pendiente brutal. En esa geografía de marcados contrastes topográficos y altimétricos, de cordales con perfil de dientes de sierra, dos castiellos cercanos en su proyección horizontal, en su ubicación en el mapa, resultan en realidad espacios distantes o francamente segregados por valles profundos y angostas depresiones. La aspereza orográfica y las complicaciones del relieve no son factores únicos en la conformación de la dificultad para recorridos y exploraciones; entra también en juego la naturaleza botánica de una región lluviosa. La cobertera vegetal se confabula, en su abigarramiento frecuente, con las cresterías roqueñas, con los cerros de volumen irregular, sintetizando

²³ Además de la catalogación de 1966 dio a conocer una posterior relación. J. M. GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ VALLES. «Castros asturianos del sector lucense y otros no catalogados». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, Tomo XXVIII, fasc. 85, 1973, págs. 143-152.

²⁴ J. M. GONZÁLEZ. *Asturias Prehistórica*, en *Historia General de Asturias*. Ayalga ediciones S. A. Salinas, 1976, pág. 171.

al fin espacios casi inextricables en los que la labor prospectiva resulta extremadamente ardua e inciertas las conclusiones. En un medio de semejanza de dificultad, y con tantos factores de distorsión entremezclados, es comprensible que, en general, la fotografía aérea, tan rentable en comarcas de relieve más ordenado, apenas resulte útil.

Así pues, el archivo castreño oponía a su elaboración no sólo, en tantos casos, la discreción o ambigüedad de las formas externas, si no, con mayor peso, la dificultad de aproximación a los lugares por la posición elevada, remota o enriscada de sus vestigios. En bastantes ese factor básico permanece; en otros, cada día más, el desarrollo viario de los últimos veinte años y la normalidad actual de los vehículos todoterreno permiten el acceso cómodo, y sobre todo rápido, a enclaves a los que en 1950, 1960 o, todavía, en 1970, sólo se llegaba con la disciplina que afronta el desánimo y el agotamiento físico.

No quisiéramos enfatizar el tono épico del descubrimiento, unipersonal, de tantos castros, pero la mudanza de las condiciones imperantes cuando aquel se elaboraba haría sumamente injusta su valoración partiendo de las condiciones, tan distintas, que conocemos en el umbral del siglo XXI. Deformaríamos también la realidad del modo de prospección si se olvidara que la toponimia, la cartografía, etc., no fueron las guías exclusivas en la búsqueda. Partiendo de un enclave seguro, un castro cierto, realizaba José Manuel largas caminatas, de muchas horas, a veces de días consecutivos, registrando cordal a cordal sin obviar cualquier prominencia de forma sugerente o en ubicación estratégica. Infatigable y amigo de atajos para abreviar la exploración, se empeñaba a menudo en travesías de dureza extrema, en sube-baja, solo aptas para organismos resistentes y bien entrenados como lo fue el suyo hasta pocos meses antes de su muerte. En aquellas marchas se invertirá el procedimiento de búsqueda: hallado un enclave arqueológico sin

previa referencia, era, de vuelta al espacio habitado, cuando se indagaba sobre los topónimos relacionados, las leyendas, los posibles hallazgos accidentales, los saqueos...

Detrás de cada ficha de catalogación, escritas con una caligrafía firme y floreada, detrás de cada croquis situando perfiles, fosos, indicios de murallas o edificaciones, se hallaba a menudo una dura excursión. Para una persona que jamás dispuso de automóvil, ni lo supo conducir, y que sólo de tarde en tarde y en los últimos años de su vida disfrutó del vehículo de algún amigo²⁵, fueron inevitables los trenes de madrugada y, también, la considerable variedad de líneas de autobuses uniendo un hábitat sumamente fragmentado; para trayectos tardíos e incomunicados el mayor dispendio de algún taxi; en días de verano, en los primeros tiempos, hasta la motocicleta tripulada por algún acompañante circunstancial; en ciertas ocasiones, alcanzando un paraje solitario en la carretera tras una caminata campestre, hasta el auto-stop fue practicado.

Con tal espíritu deportivo²⁶ prestaba poca atención a las veleidades del tiempo en un país de

²⁵ En los diez últimos años de vida y de excursiones, fue acompañado con bastante frecuencia por sus sobrinos Chus, Alejandro y Diógenes. También por algunos alumnos de la Facultad y, en numerosas ocasiones entre 1969 y 1977, por quien suscribe. El 2 de marzo de este último año, moriría en julio, le acompañé, en lo que hubo de ser su última gran caminata, por los montes de Zureda, en Lena, visitando el castro de Las Coronas y los túmulos del Resechu y El Pando en el cordal Lena-Quirós. En una jornada de sol que apuntaba la primavera, fue, después de tantas correrías durante decenios, la marcha más lenta y fatigosa de José Manuel. Hacía alto con progresiva frecuencia, llegando a tenderse algunos minutos sobre el anorak. Su organismo, entonces no lo sabíamos, estaba ya minado por un implacable cáncer de esófago.

Los vehículos más asiduos en el decenio último fueron los aportados por Diógenes García, su sobrino, un resistente Renault 6 beige al que siguió otro similar de color verde, y en muchas ocasiones el indestructible Seat 600 de Manolo Mallo Viesca, el amigo de Avilés, con el que se acometían los itinerarios imposibles, incluido algún empinado cortafuegos entre las masas de pinos en las vastas sierras del suroeste de la región.

meteoros imprevisibles. Una ligera ojeada al cielo y la asunción de lo inexorable, *¡el tiempo es así; nunca llovió que no escampara!*, y empezaba la caminata aunque la sierra objetivo del día apareciera inhóspita, amasada con un cielo negro que encajaba en las cumbres.

Infatigable, con solo brevísimas paradas para la consulta de sus mapas entelados o para comer sus frugales bocadillos de tortilla francesa, fruta y un trago de la cantimplora, no fumaba, llevó a cabo una tarea casi inconcebible en la que además de los castros se suman, por ejemplo y por corresponder a ámbitos montañosos y distantes, docenas de arquitecturas megalíticas y túmulos diversos hasta un repertorio de centenares.

Esta labor prospectora, tremenda, y con raros paralelos, no contó jamás con un mínimo respaldo económico que la hubiera hecho si no más rápida y completa, sí más cómoda y, sin duda, menos gravosa. Hombre austero, invirtió buena parte de sus ingresos de funcionario en transportes y alojamiento, en fotografías y libros.

La aparición del catálogo de castros en 1966 y la posterior *addenda* de 1973, en los años en que, siempre como interino, explicaba Historia Antigua Universal e incluso Prehistoria, una vez creada en Oviedo la Sección de Historia, causaron estupor en los reducidos ambientes en que interesaban

²⁶ El aire saludable y juvenil de José Manuel tenía que ver tanto con su permanente actividad prospectora como con su austeridad cotidiana; también con su acentuada pulcritud externa. Cuenta, por ejemplo, E. Alarcos como le conoció, primero a través de sus artículos *“imaginábamos un señor mayor, tripudo, bigotudo...”* para, establecida ya la relación personal, hallarse *“con un hombre juvenil, mezcla de eficiente ejecutivo y de deportista impigre, con alguna vaga y gestual resonancia eclesiástica”* (Prólogo de E. ALARCOS LLORACH al libro de J. M. GONZÁLEZ, *Miscelánea histórica asturiana*. Oviedo MCMLXXVI, pág. VI). Una breve semblanza biográfica, resaltando la peculiaridad de sus marchas campo a través, e incluyendo el repertorio de la producción escrita de nuestro atlético personaje, es la que firmamos en la revista *Ástura. Nuevos cartafueyos d'Asturies*, 2/84. 1983, págs. 118-121.

estas cuestiones. Por entonces J. Uría, ya en la ancianidad avanzada, comentaría con su característica modestia: *“claro, José Manuel pateaba los montes mientras nosotros pasábamos los días parlotando en los cafés...”*

Era justificada la sorpresa. La localización de nuevos poblados en el territorio seguro; es decir, en el sector costero occidental y en el curso bajo del Navia, aunque meritoria no resultaba inesperada. Hablar, por el contrario, de castros en el propio concejo de Oviedo, o en los del alto Nalón, era desvelar una realidad arqueológica imprevista.

En la Asturias central, la de más denso poblamiento y, en principio, la mejor conocida, apenas se tenía noticia de castro alguno. Sólo vagas alusiones en libros de naturaleza diversa señalaban el emplazamiento de vestigios apenas descritos²⁷. No es inexplicable, en consecuencia, el que el hoy celebrado castro de La Campa Torres fuera igno-

²⁷ Siguiendo el repertorio de castros que se presenta en J. L. MAYA. *La cultura material de los castros asturianos*. Estudio de la Antigüedad 4/5. Universitat Autònoma de Barcelona 1988, págs. 19-68, queda de manifiesto hasta que punto eran desconocidos los castros de la Asturias del centro y del oriente antes de los catálogos de J. M. González. Con la excepción del bien documentado de Caravia, los restantes alguna vez aludidos por escrito, —La Carisa (Lena), La Riera (Colunga), el castillo de San Martín (Soto del Barco), El Casticho de Cabezón (Lena), El Picu Castiello de Collao (Riosa), el de Moriyón, en Miravalles (Villaviciosa) y el Picu Llanza, en Oviedo—, aparecían como enclaves de época antigua, inconcreta en la mayoría, en los que ocasionalmente se había hallado algún material llamativo, pero siempre citados de forma vaga, sin la descripción medianamente detallada de qué era lo que en el lugar se percibía. Acaso cabría aludir como excepción, siempre relativa, al informe referente al castro de Doña Paya, en Pravia, obra de ANTONIO DE JUAN DE BANCES Y VALDÉS, en sus «Noticias históricas del concejo de Pravia. II.», aparecidas en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LIX, 1911, II-III, 82 y ss.

El número de los señalados es, en todo caso, irrisorio. Un estado clarificador de la cuestión, fechado en 1941, por tanto siete años antes de que José Manuel reconociera el *Castiello de los Vallaos*, se debe a J. Uría Rúa, atendiendo un asunto tan en boga en los años treinta y cuarenta como el establecimiento de la filiación étnica de las poblaciones protohistóricas.

rado hasta 1972²⁸, siempre a la vista de los gijoneses, recortada su silueta en los atardeceres sobre el activo puerto del Musel. Allí, en el pequeño y estratégico cabo marino, permanecía inadvertida la sombra de lo que acaso fuera la polis Noega, la ciudad marítima de los ástures citada por Estrabón, Pomponio Mela y Plinio.

Como simple paradoja, mientras La Campa yacía en su anonimato multiseccular, un ingeniero de Gijón exhumaba a fines del XIX antigüedades en el castro del Pico Castiello, la Collada, en el contiguo concejo de Siero. Los hallazgos materiales de aquellos sondeos, expresivos de la antigüedad del poblado, permanecieron en el olvido al igual que el castro en cuestión²⁹.

En tal insignificante estado de conocimiento el catálogo de castros no modifica o aumenta lo sabido hasta su aparición, simplemente establece la primera perspectiva de la red de asentamientos ástures antes de y, acaso, durante el dominio romano. Su mayor originalidad reside, pensamos, en una primera imagen de la geografía castreña en el ámbito axial de la región, en el complejo territorio

labrado por el río Nalón y su afluente el Narcea.

Compone el sistema fluvial Nalón-Narcea la cuenca hidrográfica más extensa de todo el norte peninsular, excluyendo razonablemente la del Miño que conduce sus aguas a la fachada ibérica occidental. Con una superficie de 4.866 km². drenan entre ambos ríos la mitad del territorio de Asturias y un considerable sector de la Cordillera Cantábrica entre los montes de Ponga al este y de Degaña al oeste. El rasgo dominante en los sectores medio y superior de ese territorio es su carácter sumamente accidentado y de enérgicos perfiles orográficos en los que un volumen considerable de los excedentes hídricos salva grandes desniveles en tramos cortos, generando una potencia erosiva capaz de modelar valles hondos y marcadamente angostos. El encajamiento de la red en el curso alto del Nalón da lugar a profundas incisiones, determinando contrastes en altura de 700, 800 y más metros entre el fondo de los valles y la línea de cumbres.

En un escenario que incluye en sus sectores medio y bajo la mayor densidad de población a lo largo de la historia, las exploraciones de José Manuel González aportaron un balance elevado de castros, 132, distribuidos con una perceptible regularidad, sin grandes vacíos reseñables, notándose como llamativa la mayor densidad de lugares en el eje determinado por los concejos de Lena, Mieres, Riosa, Morcín y Oviedo; es decir, en el tramo que en dirección N-S relaciona el reborde septentrional de la Meseta con la comarca central de Asturias, franqueando un territorio orográficamente desarrollado hacia el relieve moderado del área costera del entorno del Cabo Peñas. De los 41 castros ubicados en esa franja no sorprenden los 16 correspondientes al alfoz ovetense; al fin y al cabo un área de tránsito y fijación del poblamiento desde tiempos paleolíticos en el interfluvio Nalón-Nora, donde también se estructuran los principales itinerarios regionales, tanto en la dirección de los paralelos como en la de los meridianos. Es lógica, en un sector extremadamente abrupto, de tránsito, la

Refiriéndose al caso de Asturias en la Edad del Hierro escribía: "El tipo de castro de planta circular, hecha con piedra (tipo de casa de origen dudoso, y muy poco probable que fuera céltico), no debió penetrar en el centro de Asturias, y su frontera más oriental no pasaría muchos kilómetros más al E. de la corriente del Navia según indicios que poseemos". Cfr.: *Cuestiones relativas a la etnología de los astures*. Discurso leído en la solemne apertura del curso 1941 a 1942 en la Universidad de Oviedo. Oviedo, 1941. Reeditado en J. URÍA RÍU. *Estudios de Historia de Asturias*. Biblioteca Histórica de Asturias. VI Centenario del Principado de Asturias. Silverio Cañada, editor, Gijón, 1998, págs. 80-81.

²⁸ J. M. GONZÁLEZ. *Antiguos pobladores de Asturias. Protohistoria*. Colección Popular Asturiana. Ayalga ediciones. Salinas 1976, págs. 68-70; F. DIEGO SANTOS. «Gigia y otras ciudades astures. Anotaciones al texto de Ptolomeo». *Astura. Nuevos cartafueyos d'Asturies*, 10 1996, págs. 79-86.

²⁹ M. ESCORTELL y J. L. MAYA. «Materiales de "El Pico Castiello" en el Museo Arqueológico Provincial». *Archivum*, XXII, 1972, págs. 37-48.

menor densidad en los valles de Mieres, con 6 castros, o Morcín y Riosa, con uno sólo respectivamente, y destacada la considerable cifra en la cabecera de la cuenca de los ríos Lena y Huerna.

El concejo de Lena, una de las comarcas más elevadas de la región cantábrica, ofrece en su breve superficie una abultada cifra de cotas, desde 260 m. en el sector más bajo a 2.417 m. en las cumbres del macizo de Ubiña; un salto brutal desde el valle hasta la alta montaña en un marco de sólo 314,07 km². En ese ámbito reducido casi el 65% de la superficie total se extiende por encima de los 800 metros de altitud, mientras que un 31,80% lo hace entre 400 y 800 metros y únicamente un 3,98% corresponde al estrato altitudinal de 200 a 400 metros. Tal escalonamiento del relieve crea, en consecuencia, fuertes planos pendientes hasta el extremo de que una magra fracción del suelo, el 4,32%, conoce inclinaciones inferiores al 10%, mientras que el 51,54% se adapta a cuestras que alcanzan desniveles del 30% al 50%. A la verticalidad dominante se suman los bosques y fragas, con 147,81 km² en los que se adensa el arbolado y 40,30 km² cubiertos por el matorral, según datos de 1972³⁰.

Sin embargo, en un medio erecto y bravío, tapizado de árboles y sotobosque, de prospección difícil y, en cualquier caso, extenuante, pudo identificar José Manuel González el emplazamiento de 16 castros cuyas diferentes posiciones concuerdan con la diversidad de los espacios frecuentados desde el neolítico, exceptuando, obviamente, el piso alpino. Desde enclaves en relieves alomados y espolones dominando a media vertiente los sectores bajos del río Lena, lugares de Santa María del Castiello (c. 350 m. de altitud), el Curuchu de Villallana (c. 320 m.) o el Curucho de Campomanes (c. 487 m.), hasta posiciones extremas en altitud como el Casticho de

la Carisa, a 1.727 m, el de Las Coronas, en Zuredda, a 1.150 m o el Picu'l Casticho, en Casorvida, a 1.024 m³¹, se organiza en contraste el hábitat castreño.

Son algunos asentamientos, rebasados en plena montaña los 1.000 metros de altitud, en cordales que aportaban el buen pasto polifítico y con zonas de suelo propicias a algunos cultivos de verano, a los que José Manuel llamó castros "pastoriles"; algo así como brañas fortificadas cuyos usuarios dispondrían de hábitats permanentes en las tierras bajas³². No llegaría a especificar ni la naturaleza de esa agricultura de estío ni el modelo concreto en el que se inspira su hipótesis de la transhumanza valle-montaña. Creemos probable, sin embargo, que subyaciera en su propuesta el recuerdo de ciertas prácticas agropecuarias de raigambre histórica, vividas todavía con fuerza durante el siglo XIX y supervivientes de forma residual a inicios del XX.

Un buen ejemplo al respecto, aunque aclimatado al marco occidental, fueron las aldeas de verano o *alzadas*, sitas en sectores altos y fríos e inhabitadas en invierno, en las que cultivaban centeno. Con la llegada de la buena estación migraban las gentes con sus ganados, ocupando en la montaña sus "*grandes chozas firmes y permanentes de muro de mampostería con techumbre muy empinada, generalmente cónica o también de base elíptica, cuyo techo está construido... de paja o retama...*" Terminada la cosecha de centeno se realizaba la siembra para el año siguiente y volvían gentes y rebaños al pueblo principal donde invernan³³. Un claro signo de actividad agrícola en los asentamientos montaña es la presencia de hórreos, inmejorables para el almacenamiento de las cose-

³¹ La indicación de las altitudes nos fue proporcionada por D. Rogelio Estrada que se hallaba, cuando redactábamos este texto, en plena confección de la carta arqueológica del concejo lenense.

³² J. M. GONZÁLEZ. *Asturias prehistórica...*, citado, págs. 137-138.

³⁰ *Reseña estadística de los municipios asturianos 1978*. SA-DEI. Caja de Ahorros de Asturias, pág. 229.

chas. Se acreditan, por ejemplo, arquitecturas tan especializadas a fines del siglo XVIII en Leitariegos y en la braña de Las Viñas (Cangas del Narcea), localizados a 990 y 1.330 metros de altitud respectivamente.

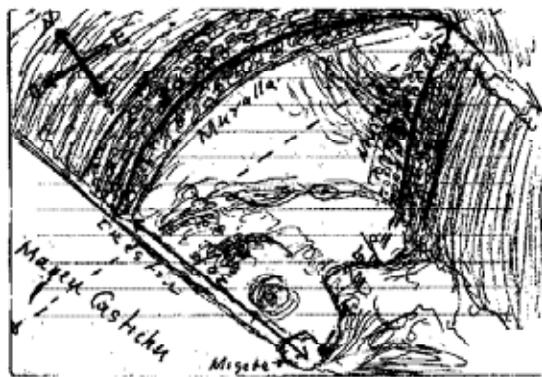
Ofrecía el centeno, en efecto, numerosas ventajas. Su cultivo no es demasiado laborioso y para su maduración requiere menos calor que el trigo y la escanda. Se acomodaba bien a las *morteras*, aquellos lugares donde se acumulaban los depósitos sedimentarios, atenuando las pendientes y dando buena paja tanto para el ganado como para la techumbre de cuadras y viviendas. Por otra parte, y según los viejos manuales agrícolas, crece prodigiosamente entre las cenizas, observación que, a su vez, nos remite a una modalidad de la agricultura de montaña muy común en el NO peninsular, la de las “rozas”. Este modo de cultivo extensivo tras la quema del monte cuenta con referencias escritas que se remontan a la alta Edad Media³⁴, sin obviar su presumible práctica entre las comunidades agropecuarias prehistóricas. Un proceder curioso el de las rozas o cavadas, acaso generador de algún tipo de indicio arqueológico que sería necesario identificar, fue igualmente observado por Schulz quien señala que para la protección del cultivo de un solo año era construido “*en toda la circunferencia un vallado de tierra o de estacas...*”³⁵

En general, la capacidad adaptativa del centeno le permite resistir largos inviernos, cubierto de nieve y soportando las heladas, para brotar al fin con la llegada de la primavera³⁶. Pero la proyección de los modelos tradicionales, aunque multiseculares, sobre fases prerromanas o incluso romanas ofrece riesgos indudables, caracterizando a cada etapa dis-

³³ G. SCHULZ. *Descripción geológica de la provincia de Oviedo*. Madrid 1858 (Ed. facsímil. Alvizoras Libros. Oviedo 1988), pág. 32.

³⁴ J. GARCÍA FERNÁNDEZ. *Sociedad y organización del espacio en Asturias*. I. D. E. A. Oviedo 1976, pág. 131.

³⁵ SCHULZ, citado..., pág. 32.



tintas realidades demográficas, socioeconómicas y

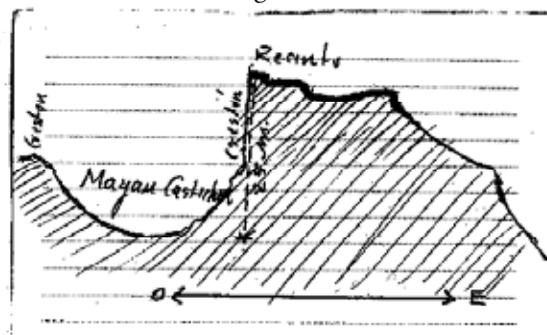


Fig. 6 El Castichu de Las Coronas (Zureda, concejo de Lena), según las fichas de campo realizadas el día de su identificación arqueológica el 16 de julio de 1963.

políticas. Además, el centeno se considera hoy un cultivo tardío en toda la península, detectado inicialmente en contextos tardorromanos y altomedievales. Ciertamente, el escaso repertorio de testimonios paleobotánicos en el cantábrico distingue entre los cereales castreños la escanda, la cebada y la avena, junto con el mijo o panizo, identificados en los castros de la Edad del Hierro, en Villaviciosa, y un elenco semejante, al que se añaden la espelta y el trigo, en el de Intxur, en Guipuzcoa, también fechado entre los siglos IV y II a. de J. C.³⁷ Habría pues que optar, para los cultivos castreños en áreas

³⁶ J. GONZÁLEZ LLANA. *Manual de agricultura práctica de la provincia de Oviedo dedicado a los cultivos asturianos*. Madrid 1889, págs. 314-317.



José Manuel González con el Chao de Samartín al fondo, inexcavado y desconocido, en junio de 1967 (foto de Diógenes García).

de considerable altitud, por cereales de arraigo más antiguo y aclimatados a los rigores de la montaña: pensemos en la escanda, el trigo y la cebada.

Sea como fuere, esta serie de asentamientos se levantan sobre las vertientes menos acentuadas que dominan los valles convergentes del Lena y el Huerna, en ubicaciones relativamente próximas a los itinerarios serranos que cruzan la cordillera para alcanzar las cabeceras de los ríos leoneses Bernesga y Luna. Castros en fin, de un modo u otro

37 J. CAMINO MAYOR. «Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas». *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*. Principado de Asturias. Oviedo 1999, págs. 156-157; C. CUBERO. «Estudio paleocarpológico de muestras de Intxur (Albistur-Tolosa, Guipuzcoa)». *Biogeografía de la península Ibérica* (P. Ramil, C. Fernández y M. Rodríguez, eds.). Xunta de Galicia. Santiago de Compostela 1996, págs. 279-315.

relacionados con uno de los más importantes corredores de circulación entre la costa central cantábrica y las tierras septentrionales de la cuenca del Duero (un complejo sector del tramo norte de la Vía de la Plata).

Este primer archivo castreño de la poderosa geografía interior de Asturias se traduce en un razonable desafío, en su singularidad, para la arqueología del futuro. Los castros o 'castiechos' de las alturas de Lena responden probablemente a necesidades diversas y acaso o ciclos culturales distintos. La particularidad del Castichu de la Carisa, o Monde Curriellos, en su altitud y en su ubicación, parece ajustarse a una imposición específica que bien pudiera distanciarlo de los restantes. Con un aparato defensivo sumamente desarrollado, ciertos hallazgos hoy inverificables, entre los que se señalan un casco calificado de romano (hallado por un

vaqueto en 1849; era de cobre y estaba decorado con relieves y su descubridor tuvo la triste ocurrencia de hacerlo pedazos y “convertirlo en ochavos”), denarios de Augusto y Tiberio, etc, incluso el que fuera identificado como el Mons Medullius³⁸ de las guerras asturcantábricas con Roma, acentúan el tono de excepción de un enclave fortificado de rara o infrecuente morfología. Existe pues un potencial de investigación, en un medio inédito, donde son muchas la dificultades inherentes a yacimientos en los que no cabe esperar una información bien ordenada cuando la potencia del sustrato roqueño, y el dominio de las fuertes pendientes, dejan pocas opciones a la deseable secuencia de sedimentos inteligible e iluminadora-mente estratificados³⁹.

Desde la morfología y sentido de los castros marítimos, a la de los dominantes en los amesetamientos y sierras peniplanizadas occidentales, como el ya ilustre del Chao Samartin al que José Manuel González concediera naturaleza arqueológica en un día de junio de 1967⁴⁰; desde los emplazamientos en los valles litorales o del centro, a veces asociados a topónimos sonoros, *Taloca, Ca-*

*moca*⁴¹, *Tebongo, Alava...*, relictos de una vieja lengua, ¿la de la Edad del Hierro, la del Bronce?, anterior a los romanos, hasta los castros-torreón enriscados en pliegues estratégicos de las comarcas montañosas, toda investigación futura será ineludiblemente deudora de la insólita pasión de búsqueda que acabamos de comentar.

La muerte, sobrevenida en julio de 1977 tras algunos meses de una dolorosa y destructiva enfermedad, frustró la edición de un catálogo detallado en el que se incluirían sus croquis topográficos, la descripción de las estructuras que habían determinado el diagnóstico cultural, las noticias sobre hallazgos materiales, el envoltorio de las viejas leyendas, etc.; la sustancia, en suma, de sus meticulosas fichas de campo. Si bien inéditas, constituyen por suerte una fuente sistemática de información, utilizada permanentemente para la elaboración de las cartas arqueológicas de los diferentes concejos.

Las excavaciones efectuadas después de 1978 o las que ahora están en marcha (castros de San Chuís, Larón, la Campa Torres, Moriyón, San Isidro, el Chao Samartin...) ⁴² van nutriéndonos al fin de imágenes nítidas de aquella cuantiosa realidad denunciada por José Manuel.

Fue rígida la disciplina intelectual de un prospector que jamás hizo excavaciones, que no llegó nunca a ver la menor de las entrañas de tantos ya-

³⁸ E. G. Tuñón y Quirós: «Guerra de los romanos en Asturias, etc.», en Protasio González Solís: *Memorias asturianas dispuestas por...*, Madrid 1890, págs 190-199. Tuñón llegó a imaginar que el topónimo Carisa procediera del nombre del general romano Carisio; hace ya entonces una sumaria aunque expresiva descripción del aparato defensivo del lugar, en buena medida coincidente con el señalado decenios después por J. M. González en la *Historia de Asturias*. Vol II. *Protohistoria*. Ed. Ayalga, Salinas 1978, con un croquis de los fosos prolongados hasta encerrar la fuente de la Carisa: pág. 207.

³⁹ El espesor de los suelos suele oscilar entre los 0,40 y 0,10 metros, mientras que el promedio por encima de los 600-700 metros de altitud desciende a 0,25 y 0,20 metros. Además, los lavados por la acción de las lluvias y nieves aumentan la acidez de los suelos (F. RODRÍGUEZ. *Transformación y crisis de un espacio de montaña: el concejo de Lena*. Ilmo. Ayuntamiento de Lena, 1984, págs. 45 y 46), factor que incide en la difícil conservación de numerosos testimonios arqueológicos de naturaleza orgánica.

⁴⁰ J. M. GONZÁLEZ. «Catalogación de los castros...», págs. 266.

⁴¹ J. M. GONZÁLEZ. «Los castros de Castiello y Camoca en las inmediaciones de Valdediós». *Revista de Valdediós*. Oviedo 1974-1975, págs. 15-20.

⁴² El castro de San Chuís, en el concejo de Allande, aunque excavado por F. Jordá Cerdá a partir de 1962, no contó con bibliografía específica hasta la actualidad, si se exceptúa alguna nota muy sumaria; por ejemplo: F. JORDÁ. «Allande: Castro de San Chuís». *Arqueología* 83. Madrid. Ministerio de Cultura 1983, pág. 80. En buena medida San Chuís se inscribía, aunque aún en la cuenca del Narcea (y por tanto en el extremo occidental de la del Nalón), en la órbita de lo castreño definido en Coaña. También en el marco clásico del bajo

cimientos por él descubiertos. Las excavaciones presentes y las futuras, siempre que en su necesidad y ejecución respondan a objetivos rigurosos, servirán también, ahora en el sentimiento íntimo de algunos de los que tuvimos la fortuna de acompañarle en bastantes correrías de sus años últimos, para exudar la vieja frustración ante tantos lugares visitados, pero cuya faz pretérita era apenas entre-

vista en el hábito de los relieves supeditados a la opacidad de los sedimentos y del vigor vegetal.

Andrín, Llanes, octubre de 2000

Navia, el espacio castreño seguro, se excavaba en los años sesenta el castro de Mohías, inmediato al mar, aportando una información que venía a confirmar lo ya conocido en la zona: J. MARTÍNEZ FERNÁNDEZ y M. JUNCEDA AVELLO. «El castro de Mohías (Coaña)». *Zéphyrus* XIX-XX, 1968, págs. 186-171. También en el sector costero del occidente regional sufrió rebuscas en 1969 el castro del Esteiro, en Tapia de Casariego. En este lamentable caso el autor del expolio se animó incluso a la redacción de algún artículo que, aunque parezca incomprendible dado el desatino de interpretaciones, propuestas y cronologías (los castros asturianos existieran ya miles de años antes de la Era), llegó a ser publicado. Véase como muestra al respecto: J. A. LABANDERA CAMPOAMOR. «Castros de occidente» *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 66, 1969, págs. 61-83.

Las investigaciones fuera del marco clásico se iniciaron en 1978 con una breve campaña orientativa en Larón, en la cuenca del Ibias (J. L. MAYA y M. A. DE BLAS. «El castro de Larón (Cangas del Narcea, Asturias)». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15, 1983, págs. 153-192. Posteriormente, desde comienzos de los ochenta, se suceden año tras año las excavaciones de La Campa Torres, Gijón, en la costa central (J. L. MAYA y F. CUESTA. «Estratigrafía e interpretación histórica de la Campa Torres». *Excavaciones Arqueológicas en As-*

turias 1991-1994. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Oviedo 1995, págs. 105-115), mientras que en 1986 arrancan las investigaciones en el castro de San Isidro, en Pesoz-Oscos, en el ambiente montuoso y arqueológicamente inexplorado del alto Navia (E. CARROCERA. «El castro de San Isidro: informe de las excavaciones arqueológicas de 1986». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-1986*. Oviedo 1990, págs. 157-162). A fines de la misma década comienza el estudio sistemático de los castros de Villaviciosa, en el sector costero centro-oriental de Asturias, al igual que La Campa Torres en el amplio territorio “no clásico” de lo castreño en Asturias (J. CAMINO. «Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: apuntes para una sistematización de la Edad del Hierro». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-1994*. Oviedo 1995, págs. 117-126). Entre 1990 y 1994 discurren las primeras campañas arqueológicas en el poblado del Chao Samartin a cargo de E. Carrocera, después proseguidas por A. Villa, iluminando un nuevo espacio castreño en las tierras interiores del suroccidente asturiano, otra vez en la cuenca alta del Navia. (A. VILLA VALDÉS. «Castro de Chao Samartin (Grandas de Salime): tres años de investigaciones (1995-1998)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1995-98*. Oviedo 1999, págs. 111-123).